



NUMA POMPILIO.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Tulio sumo sacerdote de Ceres, cuida de la educacion de Numa, que pasa por su hijo. Fiesta de Ceres. Tulio descubre á Numa que es hijo de Pompilio, principe deudo de los reyes sabinos, y le refiere la historia de Pompilia su madre, el rapto de las sabinas, la muerte de sus padres, la guerra entre romanos y sabinas, la alianza de los dos pueblos, la educacion de Numa en el templo de Ceres, y el mandato de la diosa que quiere vaya á Roma. Baja Numa al sepulcro de sus padres: prepara su partida. Consejos del pontífice. Despedida de Tulio y Numa.

No lejos de la ciudad de Cures, en el país de los sabinos, en medio de una antigua selva hay un suntuoso templo dedicado á Ceres: olmos, ro-

bles y hayas tan antiguos como la tierra, dan sombra al edificio, y el rio Curesio, despues de besar sus muros, riega con sus aguas las huertas de varias caserías separadas, construidas al rededor del templo. En estos asilos sagrados, cada sacerdote de la diosa, con su mujer é hijos, pasa sus dias entre la oracion, el trabajo y la práctica de las virtudes. Protejidos por la deidad que adoran, alimentados por la tierra que cultivan, amados de la esposa que hacen feliz, bendecidos de sus hijos y siervos, y en paz consigo mismos, disfrutan dulcemente de la vida sin temer ni desear la muerte.

El venerable Tulio era el sumo pontífice; cargado de ochenta años, desempeñaba las funciones de su empleo con todo el celo de la ardiente juventud, y con la indulgencia de la madura y sabia vejez: adorado de todos los que vivian con él, respetado de los demas, solo era temido de los perversos. Favorecido de los dioses, y amigo de los hombres, rara vez pedia para sí: siempre se dirijian sus oraciones en favor de la viuda, ó del huérfano desvalido. En el instante en que un ciudadano de Cures ó un aldeano experimentaba algun infortunio, ó que la discordia entrase en alguna familia, el padre, el esposo ó el hijo aflijido, tomaba el camino de la selva sagrada, é iba á verse con Tulio: por poco que hubiese tardado, Tulio habria ido á buscarle. El compasivo anciano oia con dulzura y paciencia sus quejas y razones; los animaba y consolaba, dándoles segun lo pedia el caso, sus auxilios y consejos. El quejoso ó infeliz se volvía ó menos triste ó remediado; y Tulio que juzgaba no ha-

ber hecho cosa alguna, iba á postrarse ante el altar de la diosa á implorarla en favor de aquel desdichado.

Ya no tenia Tulio esposa: todo su amor se reunia en un solo objeto, su hijo Numa. Parecia que el cielo queria recompensar las virtudes del anciano con los dones que habia derramado prodigamente sobre este mancebo. Sumiso á su padre, á quien amaba y respetaba casi tanto como á Céres, estudiaba la moral en las acciones de Tulio, meditando incesantemente los preceptos de su religion, queria ademas instruirse en todas las ceremonias del culto. Los sacrificios y la oracion ocupaban sus ratos ociosos: su amor á Tulio y al estudio era su única pasion; y su alma pura como el firmamento, no podia distinguir sus gustos de su obligacion.

Habia llegado el dia de la fiesta de Céres. Esta entre los sabinos no se celebra como en Eléusis: habia Tulio suprimido todos los misterios de iniciacion tan reservados como poco útiles á la felicidad de los hombres. ¿Cómo es posible, decia que la deidad, que se manifiesta á cada momento en las maravillas resplandecientes de la naturaleza, pueda exijir tanto secreto y tantas pruebas para comunicarse á los mortales? ¿Deberá ser mas difícil darle gracias por sus favores que recibirlos? No: Céres que nos alimenta á todos, nos ama tambien igualmente á todos: el campo que cubre de espigas es un templo para el labrador, y debe adorarse en todo el universo aquella, cuyos beneficios cubren la tierra.

Bajo de estos principios, Tulio, con acuerdo de su rey, ordenó la fiesta de este modo: cada

año, antes de principiar la cosecha, todos los labradores, adornados de sus mejores vestidos, se juntan en la ciudad de Cures, y unidos se encaminan al templo. Los músicos preceden la comitiva; siguen despues las vírgenes que llevan en cestillos adornados con flores las ofrendas para la diosa. Luego vienen los hijos de los labradores con túnicas blancas, adornadas las cabezas con coronas de siemprevivas, conduciendo al voraz animal que se alimenta con el fruto de la encina; tropa numerosa, que ufana con la custodia de la víctima, quiere afectar una gravedad y compostura turbada á cada instante por los rebatos de su juvenil alegría: sus padres los siguen con pasos lentos, encargándoles el silencio, y disimulando el no ser obedecidos. Cada labrador lleva una gavilla, primicias de su cosecha. Ni los gefes, guerreros, ni magistrados tienen en este gran día puesto ni lugar distinguido, cediendo con respeto y razon el primero á los que los alimentan.

Tulio y sus sacerdotes habian salido á recibirlos á la entrada de la selva. El jóven Numa camina á su lado mirándole á cada instante, y advierte algunas lágrimas que el anciano procuraba ocultar: mas aflijido de la pena de su padre que si la hubiese padecido él mismo, no se atreve, delante de tantos testigos, y en medio de una ceremonia tan augusta, á arrojarse en sus brazos y preguntarle la causa de su llanto; pero su silencio mismo, sus tiernas é inquietas miradas expresan bastante su desasosiego. Numa, hasta entonces tan atento siempre, tan cuidadoso en el ejercicio de las funciones sacerdotales, no ve mas

objeto que su padre, solo piensa en él y se olvida de su ministerio: sus ojos, que procuran leer en los de Tulio, se llenan de un llanto involuntario.

Llegan al templo, Tulio se postra ante la diosa, y presentándole las primicias, esclama: ¡O madre de los hombres! tú haces crecer estas espigas, y tu padre Júpiter nos hace religiosos y agradecidos! ¡Oh dioses inmortales, os ofrecemos vuestros propios beneficios, no desecheis nuestra ofrenda, y conceda vuestra bondad suprema la abundancia á nuestros campos, fuerza y salud á nuestros cuerpos, y la virtud á nuestras almas!

Despu.s de esta oracion, Tulio derrama la harina sagrada sobre la cabeza de la víctima, la vuelve hácia el cielo, la inmola, y la hace consumir enteramente en la pira.

Concluido el sacrificio, los labradores entregan sus gavillas. Hermanos míos, les dice Tulio, pues tambien vosotros sois sacerdotes de Céres, estos dones pertenecen á la diosa, esto es, á los pobres: los sacerdotes solamente somos sus tesoreros, vosotros empero sois sus bienhechores: nombrad, pues, entre vosotros el anciano que deba juntamente conmigo celar en todo este año el alivio de los indigentes; es justo y debido que yo os dé cuenta de los bienes que me entregais para ellos. Los labradores que conocian la virtud de Tulio, rehusaban asociarle ninguno, pero él lo exigió, y con la eleccion se dió fin á las sagradas ceremonias.

Numa ardia impaciente de verse solo con su padre: apenas éste hubo salido del templo, cuando su tierno hijo le estrecha en sus brazos.

¡Amado padre, vos teneis pesares, y yo los ignoro! Bien conozco que mi temprana edad me quita la esperanza de aliviarlos, pero puedo ayudarlos á sentirlos.—Hijo mio, (pues nunca renunciaré este dulce nombre) hartos motivos tengo de llorar: voy á separarme del que amo mas que á mí mismo....—¡Cómo, esclama Numa temblando, quereis abandonarme!—No, hijo mio.... tú eres.... al contrario.... No puede proseguir; los sollozos le cortaron la voz. Cogió á Numa de la mano, y llevándole al sitio mas retirado de la selva, sentándose sobre unos céspedes, prosiguió diciendo: Numa.... No eres hijo mio.... Apenas el jóven oyó estas palabras, cuando una palidez mortal se esparció en su rostro, y su mano tiembla en las de Tulio; éste que conoce su turbacion le abraza diciéndole: no temas, siempre seré tu padre: este dulce nombre me es, por lo menos, tan grato como á tí. Escucha ahora el origen de tu cuna, y conoce el alto destino que te preparan los cielos.

Debes, hijo mio, el sér á Pompilio, príncipe de la sangre de nuestros reyes, y cuyas raras prendas le hacian amado de los dioses y de los hombres. La hermosa y virtuosa Pompilia, del antiguo linaje de los heraclidas, era su esposa, habia mas de diez años. Nada faltaba á la felicidad de estos amantes consortes, mas que la de ver nacer un fruto de su tierna union. Pompilio lo deseaba con ansia, y la amorosa Pompilia, que no formaba deseo alguno, cuyo objeto no fuese su esposo, Pompilia, digo, venia todos los dias á este templo á regar con sus lágrimas el ara de la

diosa, pidiéndola incesantemente por único favor la felicidad de tener un hijo.

Un dia la encontré sola en el templo: tal era el fervor con que oraba, que no advirtió mi llegada. ¡Ceres, bienhechora, esclamaba, si tu padre me ha destinado una larga vida, ruégale que corte el estambre de mis dias en sus principios, pero en cambio que deje á mi esposo un fruto de nuestro casto amor! ¡Oh deidad poderosa! recoje cuantos beneficios he recibido hasta ahora, privame de cuantos puedo esperar, y dame en vez de ellos un hijo. Oiga yo su primer llanto, estréchele en mis brazos, y despues de haberle cubierto de besos y presentado á mi esposo, venga la muerte, espiraré siendo madre, bastante habré vivido. ¡Oh Céres, si oyes mis súplicas, si me concedes un hijo, juro sobre este mármol sagrado consagrarle á tu culto, juro enseñarle á bendecir tu nombre desde el instante en que su lengua pueda articularle: se criará en tu templo, te servirá toda su vida, y te dignarás de ser su madre cuando Pompilia ya no exista!

Mis lágrimas corrian en abundancia al oír estas súplicas. Arrebatado me postré al lado de Pompilia, y juntando mis plegarias á las suyas, rogué á la deidad las oyese favorablemente. ¡Ah, y á cuanta costa fueron atendidas!

A poco tiempo vino Pompilia á avisarme que se sentia en cinta. ¿Quién acertará á pintar lo excesivo de su gozo? Casi parecia un delirio. Ocho veces debia la luna renovar su giro antes que llegase el deseado instante que aguardaba, y ya todo estaba pronto para adornar al futuro infante. Celosa y ufana del nombre de madre, hu-

biera querido que cuanto debía servir á su hijo fuese obra de sus propias manos, ni quiso que alguna de sus esclavas partiese con ella la gloria de trabajar para su hijo. La esperanza de criarle duplicaba el gozo de verle nacido, y la sensible Pompilia, embriagada del amor materno, venia tan á menudo al templo para dar gracias á la diosa, como antes para lograr el objeto de sus votos.

Ya habia entrado en el noveno mes, tan deseado tiempo habia, cuando ese Rómulo hizo publicar en la Sabinia que para consagrar su ciudad de Roma, que entonces acababa de establecerse, queria celebrar unos juegos en honor del dios Conso. Ya sabes en cuanta veneracion le tenemos los sabinos. No dejó tu religiosa madre escapar una ocasion de honrar á los inmortales: quiso ir á los juegos, y el demasiado complaciente Pompilio la llevó á Roma.

La mayor parte de los sabinos los acompañaron: nuestras mujeres é hijas corrieron á Roma, engalanadas como á una funcion. ¡Cuán lejos estaban nuestros valientes conciudadanos de sospechar la infame celada que los esperaba; todos, como de paz, fueron sin armas. Entrán sin recelo en el circo en que presidia Rómulo sobre un trono magnífico. Los sabinos, sus mujeres é hijas se sientan en las gradas. Impacientes de ver el sacrificio, buscan con los ojos las víctimas, sin poder imaginar que ellas mismas debian serlo.

A una seña de su rey, los romanos desnudan las espadas y ocupan todas las puertas. Aterradas las sabinas se refugian en los brazos de sus padres, maridos ó deudos; pero los feroces sol-

dados de Rómulo vibrando los aceros, amenazan á los hombres, halagan á las mujeres, y las arrebatan como lobos hambrientos á temerosas ovejas. En vano las infelices piden la muerte á gritos; en vano nuestros ciudadanos enfurecidos olvidando que están desarmados, se abalanzan á los ladrones, luchan, arrancan algunas espadas y riegan el suelo con sangre romana, estos mas numerosos pasan á cuchillo á cuantos resisten, ahuyentan á los demas y llevan su presa en salvo á Roma, en tanto que los sabinos desesperados, cubiertos de sangre y amancillados, vuelven á Cures anunciando esta horrible noticia, y se preparan á la venganza.

Desde el primer instante del tumulto, tu padre Pompilio, cargado de su esposa, habia procurado hacerse paso por en medio de los raptos. Casi llegaba á una puerta cuando una cohorte romana advierte su intento, le persigue, le cerca y se ve arrancar la esposa de los brazos. Pompilio, dando un espantoso grito de rabia y desesperacion, arrebató á un romano la espada, y cercando con cuantos le rodean, les dá la muerte ó pone en fuga; mata, hiere y es herido, pero alcanza al robador de Pompilia, y de un solo golpe queda vengado; carga nuevamente con su cara esposa, la estrecha entre sus brazos sangrientos, la consueta y tranquiliza, y á pesar de los feroces romanos, sin curarse de las picas y dardos que le cercan, huye lejos del circo abrazado de tu madre desmayada, y contento con salvarla á precio de su vida. Tal suele la leona de Numidia cuando de lejos ve al imprudente cazador que le roba sus hijos, rugir furiosa y brotando por los

ojos fuego y sangre, abalanzarse al infeliz que en vano huye dejando la presa; le alcanza, le despedaza, esparce el viento sus miembros palpitantes... pero cediendo el furor el puesto á la ternura, corre á sus cachorros, los acaricia, y echándose á su lado les ofrece el pecho, cuando todavía están sus músculos trémulos del furor de la venganza que acaba de saciar.

Así Pompilio, no obstante sus heridas y la falta de la sangre que por ellas vierte en abundancia, llega por fin á este templo. Deposita su dulce carga al pié del altar de la diosa, la suplica se digue amparar á la que pone bajo su custodia, y acabada su oracion, exhausto de sangre, oprimido de fatiga y dolor, cae sobre el mármol y espira.

Al instante hice llevar á tu madre á mi casa, en donde recobró los sentidos. Su primera palabra fué el nombre de Pompilio; pregunta por su esposo, quiere verle, quiere ir á buscarle. Por mas que procuro sosegarla, ocultándole la muerte de tu padre, asegurando que es prisionero de los romanos, mi dolor mal disimulado, mis lágrimas y sus presentimientos, todo le dice que la engaño. Prorumpo en dolorosos gemidos, desecha todo alivio, y desasiéndose de nuestros brazos quiere ir á espirar sobre el cuerpo de Pompilio.

La agitacion, el sobresalto y dolor apresuran el instante en que debias nacer. La asaltan los dolores de parto; las crueles Ilithyas la oprimen con todos sus males: no pudo resistirlos, y el instante mismo en que recibiste la vida fué el de la muerte de tu madre.

A este punto interrumpió Numa el discurso del anciano, abrazándole y regando sus canas con el llanto amargo que la infausta suerte de sus padres le hacia derramar. Tulio, despues de haber llorado con él, prosiguió su discurso de esta suerte:

Busqué á toda priesa una nodriza que animase tu existencia, porque naciendo antes de término, tu rostro pálido y amoratado, y tus débiles gemidos, manifestaban que apenas te quedaba un soplo de vida. La virtuosa Amicles, mujer de un labrador, se ofreció gustosa, y sus tiernos desvelos, aun mas que su leche, te conservaron la luz del dia.

Entonces me empleé en las exequias de tu madre y su esposo: preparé la funesta pira; convoqué á los habitantes de Cures y de las aldeas inmediatas, que vinieron con nuestro buen rey Tacio, vestidos de luto. Soldados, artesanos, labradores, todos lloraban á tu buen padre y dirigian al cielo los mas ardientes votos por su hijo. Las llamas consumieron el cuerpo de Pompilio al lado del de su esposa, y yo recogiendo sus cenizas en una urna de plata, las deposité en un mausuleo detras del altar de la diosa....—¡Oh padre! ¿me será permitido regar la preciosa urna con mis lágrimas?—Sí, hijo mio, hoy mismo verás lo que queda de tus padres.

No quedó sin venganza la muerte de Pompilio y su esposa. Nuestros valientes sabinos, indignados de la traicion y ultraje recibido, se encaminan, capitaneados por Tacio, á la ciudad perjura. No atreviéndose los cobardes ladrones á recibirlos en campo abierto, se recojen al amparo

de sus muros. Tacio emprende el sitio, y en breve se halla dueño de la ciudadela por medio de un feliz acaso. Precisado Rómulo á pelear ó á abandonar la ciudad, viene á presentar la batalla al pié de aquel Capitolio, que dicen ha de mandar al universo entero. Tacio la admite, y los sabinos ansiosos de bañarse en la sangre de aquellos pérfidos, acometen á los romanos con todo el denuedo que produce el valor escitado con el deseo de la venganza. Desbaratan las huestes contrarias, pero Rómulo las vuelve á ordenar, y solo resiste á los sabinos: invoca en voces altas á Júpiter Stator: este nombre sagrado, y su ejemplo, detienen á sus guerreros ya puestos en fuga; vuelven los romanos al combate; la vergüenza inflama su valor, se cruzan las picas, chocan los escudos unos con otros; crecen por instantes el horror y la mortandad, y apiñados los combatientes no pueden dar un paso sin pisar un pecho enemigo.

Largo tiempo estuvo indecisa la victoria; pero al fin pareció que se inclinaba al partido de la justicia. Nuestro valiente Tacio y su intrépido general Mecio penetran segunda vez el centro de los romanos; la tierra está cubierta de cadáveres, los sabinos van á destruir para siempre el nombre de Rómulo y Roma, cuando el mas imprevisible suceso nos quita la victoria de entre las manos.

Las sabinas, aquellas mismas mugeres que los romanos habian robado en los juegos consuales, desgrefñadas, vertiendo mares de lágrimas, abiertos los brazos, y dando lamentables gemidos se precipitan en medio de los combatientes. No las

atemorizan las picas y espadas chorreando sangre, ni el estrago, la muerte, ni la confusion las detiene. Deteneos, gritan, deteneos, dejad una pelea mas ímpia que las guerras civiles. Peleais por nosotras, y cada uno de vuestros golpes nos dejan, ó huérfanas ó viudas. Si nos amais, ¡oh vosotros que nos dsteis el ser! perdonad á nuestros esposos, y vosotros que nos habeis jurado un amor eterno, no ensangrentéis los crueles aceros en los padres de vuestras esposas. Considerad que tenemos en nuestros senos las dulces prendas de vuestra reunion. Romanos, vuestras mugeres son sabinas. ¡Oh sabinos! vuestros nietos serán romanos. Cesad, pues, de destruirs á porfía, vosotros que ya no sois dos naciones distintas, sino una sola familia; pero si la sed de la sangre os devora, empezad rompiendo los vínculos que deben uniros: inmolad vuestras hijas y esposas, y completad sobre sus cuerpos sangrientos vuestro total esterminio.

Este espectáculo, las razones, los llantos y quejas de las sabinas apagan el rencor en todos los pechos. Cesa el combate, se miran unos á otros y se admiran conociendo que ya no se aborrecen. Queda el brazo levantado sobre el que amenazaba, sin descargar el golpe: la flecha asettata contra el pecho enemigo, cae sin fuerza del arco. Las sabinas despojan sin oposicion de las armas, á sus padres y esposos; les toman las manos, las cubren de besos y lágrimas, y cada una abrazando á un tiempo á un romano y á un sabinó, acercan de este modo dos rostros enemigos, y los fuerzan á que se abracen ellos mismos.

Desde aquel instante cesa la guerra, y se olví-
NUMA.

da la venganza. Los reyes se abocan y determinan que, unidos en adelante ambos pueblos, no formarán mas que uno solo, y que Rómulo y Tacio partirán entre sí el absoluto poder. Se jura la paz, se hacen sacrificios á Jove, al Sol y á la Tierra, y mezclados los ejércitos conducidos por las sabinas, entran en Roma, entre los aplausos y las aclamaciones, manifestando mas gozo de haberse dejado vencer del amor y la ternura, que si hubieran triunfado por el furor.

Entre tanto crecias á mi vista, y pasabas por hijo mio: yo mismo confirmaba un error que decia tan bien con mi afecto y con los deseos de tu madre. Apenas tenias cuatro años, y ya ibas al templo cubierto del vestido sacerdotal, y llevando en tus tiernas manos la copa del incienso. Tu modestia, dulzura y gracias encantaban á nuestros sacerdotes que me envidiaban la dicha de ser tu padre. ¡Oh, cuántas veces he deseado que fuese cierta! Quince años hace, Numa querido, que solo vivo para quererte, y por grande que sea mi amor á la virtud, si me la ves practicar con tanto ardor, es con la esperanza de que los Dioses, en premio, derramarán sobre tí sus bendiciones.

En breve comencé á recojer el fruto de mis trabajos en educarte. Desde tu infancia manifestaste lo que serias un dia: nunca me ví precisado á inspirarte un pensamiento virtuoso; parecia que todos se hallaban en tu corazon: tenias grabados en tu alma los mas sólidos principios de la moral, y la razon te enseñaba todo lo que yo sabia por esperiencia. A veces, para probarte, te proponia una cuestion que me parecia difícil;

tu respuesta era casi siempre mas clara y breve que la que yo habia pensado. ¡Cuántas veces despues de una larga leccion de moral, tus reflexiones justas y concisas me iluminaban; y al acabar la conferencia, tu maestro salia enseñado! Conociste las ciencias de nuestros filósofos Etruscos, y me decias: ¡Oh padre mio, cuán vanas son todas estas nociones sin la virtud; solo esta es cierta, y nuestro corazon es el libro que nos instruye: consultémosle á cada accion de nuestra vida, sigamos siempre lo que nos dice, y nunca podremos errar.

Transportado de gozo te abrazaba, y no me atrevia á hablarte: temia que la vanidad, vicio que siempre destruye el verdadero mérito, entrase en tu corazon. Cuida, hijo mio, en todo el discurso de tu vida de huir de este escollo, y ten presente que, de todos los vicios, este es el mas funesto á la virtud, puesto que la impide ser y parecer amable.

Veia yo con suma complacencia que huías de este peligro: cada dia eras mejor, y cada dia mas modesto. Engañado por la voz pública, y aun mas por mi propio deseo, me creia tu padre y pensaba abdicar á tu favor el pontificado: todos nuestros sacerdotes, todo el pueblo sabia y aprobaba alborozado mi designio. Tres dias hace, hijo mio, que un oráculo celeste me priva de esta esperanza. Céres, la misma Céres, se me aparece todas las noches y me manda con voz severa que te envíe á Roma y declare tu nacimiento: en vano, postrado ante la Diosa, me he atrevido á manifestarle mis temores, y recordarle el voto de tu madre. No admito aquel voto,

me ha respondido la hija de Júpiter: no será Numa sacerdote mio; los hados le llaman á mas alto empleo: me servirá mejor sobre el trono que á la sombra del altar: quiero que al instante vaya á Roma, y que el cariño que le tienes no sea parte á que te opongas á los decretos del cielo.

Esta es, hijo mio, la causa del llanto que me has visto derramar durante el sacrificio; es preciso separarnos: Céres lo manda, debemos obedecer.

El tierno Numa, sin responder á Tulio, le mira llorando, alza los ojos al cielo, y parece dudar entre su padre y los dioses; pero el anciano le exhorta, le anima, y Numa se decide á marchar: toma la mano de Tulio y estrechándola entre las suyas, le dice: me has prometido, ¡oh padre! conducirme al sepulcro de Pompilio, y dejarme besar la urna que contiene las cenizas de mi madre. —Si gueme, ahora mismo quiero satisfacer tus deseos. Dice y caminan al templo.

Detras del altar de la diosa habia una puerta de bronce, cuya llave solo Tulio tenia; abre la puerta, y baja algunos escalones: Numa le sigue suspirando, llegan á una bóveda sin mas luz que la escasa de una lámpara. Allí sobre un sepulcro de mármar negro, de sencilla escultura y sin inscripcion, se veia una urna de plata cubierta de un velo negro; á su lado habia un billete, una espada y un bucle de cabellos rubios. Al entrar en la bóveda, Numa se arrodilló, y Tulio, levantando con respeto la urna y presentándola al jóven, le dice: besa, hijo mio, estas cosas venerables; toca esta urna que encierra las cenizas de la mejor de las madres y del mas tierno de los espo-

sos. En este instante tienen puestos los ojos sobre tí; desde los Eliseos te contemplan, y prefieren á todas las delicias inmortales que los cercan, el espectáculo de la piedad de su hijo.

En tanto Numa estrechaba entre sus brazos la urna regada de las lágrimas que vertia; la arriaba al pecho y le parecia que aquellas amadas cenizas volvian á animarse. ¡Con qué pena se las volvió al pontífice! sus manos seguian la urna cuando esta se apartó de él.

Vuelve Tulio á cubrirla con el velo, y tomando la espada, el billete y los cabellos; este es, le dice, el acero que defendió á tu madre y á la patria; el mismo que nunca se desenvainó injustamente, ni vertió otra sangre que la de los enemigos del estado. Yo te le entrego, hijo mio, para que hagas de él el propio uso: ¡oh, quiera la poderosa Céres (á quien le habia yo consagrado) mueran á sus filos todos los que conspiren contra tu vida! Este billete le escribió tu madre poco antes de morir, está dirigido al rey Tacio, y te será útil para ocupar en su corte el puesto digno de tu nacimiento. . . . Me parece escusado decirte que estos cabellos son de tu madre; vino á ofrecerlos á Céres el día que obtuvo un hijo. ¡Oh Numa! llévalos siempre contigo: los corazones sensibles saben apreciar estas prendas de amor y piedad.

Diciendo, esto salen de la bóveda, vuelve Numa á la casa del sacerdote, y dispone lo necesario para su viaje. Se despoja de la túnica y manto de lino, viste la toga, y este traje le dá nueva gracia y majestad. El anciano le mira y suspira; su corazon le anuncia mil peligros cifra-

dos en este traje: desecha no obstante esta idea, y se ocupa en procurar que nada falte á su hijo. Pródigo su cariño, le hace pensar en necesidades que nunca tendrá; se priva de todo para enriquecerle, y temiendo su repugnancia, á escondidas mete entre los vestidos de Numa el poco dinero que tenia. Sin él, se decía, de nada necesito, y cuando esté lejos de mí, todo le será necesario.

Entre tanto se acerca el instante fatal: ya está pronto el carro que ha de servir á Numa: sube en él Tulio con su hijo, quiere acompañarle hasta la salida de la selva sagrada, y allí le dá su ternura los últimos consejos.

Perdóname, hijo mio, perdona que tiemble al verte tan jóven abandonar nuestras pacíficas moradas y el asilo en que ha estado tu inocencia hasta ahora libre de todo riesgo, para ir á vivir en una ciudad temible y peligrosa, aun para el hombre mas prudente y experimentado. Te veo sin esperiencia, sin guia, sin consejo y sin amigo; porque á tu edad no es posible tenerlos, y el creerlo es otro riesgo mas. Te considero puesto en medio de dos pueblos, que unidos por razones políticas, están no obstante divididos por genio, y siempre se miran como dos naciones diferentes. No está apagado el odio entre romanos y sabinos; aun lo está menos entre sus soberanos: Tacio, el mejor de los reyes, tu pariente y monarca, Tacio que fué el objeto de nuestras adoraciones el tiempo que vivió entre nosotros, afable, sensible y amigo de la paz, posee virtudes mas sólidas que brillantes: administra justicia, hace todo el bien que puede; esta es su vida. Rómulo al contrario, que por adquirir vasallos ofreció asilo

á todos los foragidos y malhechores, Rómulo, digo, ha conservado las costumbres feroces del primer pueblo que mandó: apasionado de la guerra, devorado de ambicion y atormentado de una insaciable sed de conquistas, declara la guerra y sujeta sucesivamente todas las naciones vecinas de Roma; solo ama y estima á sus soldados; solo sabe vencer, y no conoce otro género de grandeza.

Un alucinamiento fatal y comun á todo el género humano, es causa de que un conquistador es mas admirado que un buen rey, y la verdadera virtud resplandece menos que la falsa gloria: espero y me prometo que sabrás distinguirlas, y que conocerás cuán superior es Tacio á su colega: no creo que abandones á un rey justo, al pariente, al amigo de tu padre, al vengador de Pompilia, para seguir á un conquistador feroz é inhumano, todavía manchado con la sangre de su hermano, y cuya abominable traicion ocasionó la ruina de tu patria y la muerte de tus padres.

Pero aun la misma corte de Tacio es para tí una mansion peligrosa. Estarás en Roma, cuyos guerreros habitantes perdonan todo á la juventud menos la falta de valor; este mismo valor en los combates degenera en ferocidad si no está unido á otras virtudes. Serás valeroso, no lo dudo: ¿cómo podria dejar de serlo el hijo de Pompilio? Pero tus costumbres, esas costumbres tan puras que te han grangeado la proteccion de la casta Diosa, ¿podrás acaso conservarlas? Cree, Numa querido, que no tengo interes en prohibirte los placeres sensuales; no pretendo, usando del austero lenguaje de mi edad, pintár-

telos con falsos y espantosos colores: no, hijo mio, los placeres ilícitos tienen delicias reales y mucho atractivo; la naturaleza nos arrastra hácia ellos; es preciso pelear incesantemente para resistirla, y cuanto mas sensible es nuestro corazon, tanto mayor es su debilidad. Pero en el instante mismo que cedas, los remordimientos se apoderarán de tu alma; perderás aquella dulce paz, aquella estimacion, aquel respeto de tí propio, que son la delicia de la vida: tu corazon humillado y abatido no tendrá ya el mismo vigor, el mismo amor al bien; y desde el punto que el vicio habrá manchado tu alma, sufrirás el atroz suplicio que resulta de conocer la virtud y haber podido abandonarla.

Como nunca he vivido en la corte, no te puedo dar consejos acerca del modo con que debes manejarte; pero conozco las obligaciones de un hombre, y en todas partes es preciso serlo. Darás á los empleos eminentes el respeto que se ha convenido en concederles; y á la virtud, en cualquiera estado ó sugeto que la encuentres, tributarás el culto que le es debido. Huye de los perversos, pero sin manifestar que los temes; sé reservado aun con los buenos. No profanes la amistad abusando del nombre de amigo. Pesa tus palabras, y reflexiona antes de obrar. Desconfiate siempre del primer movimiento, escepto cuando te arrastré á socorrer á cualquier desgraciado. Respeta á los viejos y mujeres: ten lástima de los débiles, y sé continuamente el escudo y amparo de los infelices.

Si la diosa, como lo espero, te colma de felicidades, me lo avisarás: estas nuevas me alarga-

rán la vida; pero si el cielo quiere probarte con desgracias y contratiempos, ven á verme.

Hablando así llegaron al extremo de la selva, en donde debian separarse. Párase el carro, y los ojos del sensible jóven se llenan de lágrimas. ¡Valor, le dice el anciano, valor! Numa, volveremos á vernos; es corta la distancia desde aquí á Roma, y.... ¡Ah padre mio! exclamó Numa deshecho en llanto: sin duda volveré á verte, pero no viviré contigo; no te veré á cada instante como hasta aquí; las mañanas se pasarán sin que mi padre me haya abrazado; el dia acabará sin que Numa te haya oido. ¡De qué felicidad disfrutaba á tu lado! No he sabido conocerla, no he dado á los dioses las gracias debidas, y ahora.... Vamos, hijo, interrumpió Tulio con voz que procuraba manifestar severa, obedezcamos á Céres, y no murmuremos contra ella. ¿Pues qué, siendo yo el mas viejo, el mas débil, debia animarte? ¿Crees que no padezco y siento como tú? ¿Piensas que mi triste corazon?....

El llanto le corta la voz, las fuerzas le faltan, y cae entre los brazos de Numa; pero recobrando en breve su entereza: adios, le dice, hijo mio, dentro de poco tiempo volverás á verme, ó iré yo mismo á buscarte á Roma. Adios, no olvides á Tulio. Dicho esto se aparta, y con pasos presurosos se interna en la selva.

Numa desconsolado, penetrado de dolor, queda con los brazos estendidos hácia él y le grita tres veces, adios. Sus ojos le siguieron hasta que le perdió de vista; entonces abandonando las riendas á los caballos, toma el camino de Roma.